

Cuadernillo N° 1

Libertad, Estado y Lucha Revolucionaria

(Breve compilación de textos)

Mijail Bakunin



Libertad, Estado y Lucha Revolucionaria.
Mijail Bakunin.

Ediciones Libertaria.
2024 – 2° Edición.

Se permite la reproducción y difusión de este material con fines pedagógicos, libertarios y no comerciales, citando la autoría.

Comentarios:
revilibertaria@gmail.com

Presentación.

Mijail Bakunin (1814 – 1876), anarquista ruso que durante toda su vida impulsó de forma decidida el desarrollo conceptual y organizativo del movimiento anarquista. Es considerado uno de los más importantes pensadores de la teoría clásica anarquista junto con Proudhon, Kropotkin y Malatesta.

Bakunin desplegó las ideas anarquistas de la mano de la acción revolucionaria. La mayoría de sus escritos se encuentran inconclusos o entrecortados pues los dejaba de lado para participar en revueltas, manifestaciones o pasar algún tiempo en prisión.

En 1864 colabora en la fundación de la Primera Asociación Internacional de Trabajadores/as (AIT) dentro de la que mantuvo constantes polémicas con Karl Marx y el bloque de socialistas autoritarios, que gatillaron el quiebre político más importante en el movimiento obrero. A partir de la ruptura entre Marx y Bakunin, se separarán fuertemente quienes quieren utilizar el aparato estatal para transformar la sociedad y quienes quieren destruir el Estado como parte fundamental de cualquier transformación social.

En el pensamiento de Bakunin se encuentran las ideas fundamentales del anarquismo, definiendo explícitamente el carácter social de la libertad, el rechazo a las religiones y demás misticismos, la crítica radical al Estado en cualquiera de sus formas, la visión clasista del anarquismo y la necesidad de contar con instancias organizativas para transformar la realidad.

Creemos firmemente que las ideas de Bakunin tienen mucha vigencia en la actualidad por lo que nos resulta un gusto poder entregar esta pequeña compilación de textos. Sobre todo cuando vemos que algunos sectores de las y los oprimidos/as caen en la trampa burguesa de la participación democrática, levantando alianzas, programas y candidatos/as a los diferentes puestos de poder. Siguiendo a Bakunin, estamos convencidos de que nuestra liberación no será regalada por la clase burguesa ni por ningún dios del cielo o el infierno, sino que deberá ser conquistada por las trabajadoras y los trabajadores a través de la acción colectiva y organizada que expulse de nuestras vidas las lógicas del Estado y el Capital.

Libertad, Estado y Lucha Revolucionaria. **Mijail Bakunin.**

Libertad e Igualdad.

¿Qué es la libertad? ¿Qué es la esclavitud? ¿Consiste la libertad de una persona en una rebelión contra todas las leyes? Diremos no, en tanto que esas leyes sean naturales o incluso sean leyes sociales no impuestas autoritariamente. Diremos sí cuando son leyes políticas y jurídicas, impuestas por unas personas sobre otras: sea violentamente por el derecho de la fuerza; sea por el engaño y la hipocresía, en nombre de la religión o de cualquier doctrina; o, finalmente, por la fuerza de la ficción, de la mentira democrática llamada sufragio universal.

La libertad no implica la renuncia a ejercer influencia. La libertad de cada persona es el efecto siempre renovado de una multitud de influencias físicas, mentales y morales determinadas por el medio donde ha nacido, y en el que vive y muere. Querer escapar a esta influencia en nombre de alguna libertad trascendental o divina, autosuficiente y absolutamente egoísta, es tender a la inexistencia; renunciar a ejercer influencia sobre otros significa renunciar a la acción social, o incluso a la acción de los propios pensamientos y sentimientos, lo que de nuevo es tender a la inexistencia. Esa célebre independencia tal exaltada por los idealistas y los metafísicos, y la libertad individual así concebida, no son más que puras supersticiones.

El colmo de la equivocación se encuentra en quienes ignoran la ley natural y social de la solidaridad humana hasta el extremo de imaginar que la independencia absoluta de los individuos o de las masas es posible o deseable. Desear esto es desear la aniquilación misma de la sociedad, porque la vida social es simplemente esa incesante dependencia mutua de los individuos y de las masas. Todos los individuos, incluso los más fuertes e inteligentes, son en cada instante de sus vidas productores y producto a la vez de la voluntad y la acción de las masas.

Libertad en conformidad con las leyes naturales. La libertad del ser humano consiste simplemente en obedecer a las leyes naturales porque él mismo las reconoce como tales, y no porque se las haya impuesto ninguna voluntad extrínseca, divina o humana, colectiva o individual.

Tendríamos que ser locos o teólogos para rebelarnos contra la ley de que dos más dos suman cuatro. Es preciso tener fe para imaginar que no nos quemaría el fuego o no nos hundiríamos en el agua sin recurrir a algún subterfugio que, a su vez, está fundado en alguna otra ley natural. Pero esas rebeldías o, más bien, esos intentos fantasiosos de rebeldías imposibles, constituyen sólo raras excepciones; en general, puede decirse que la humanidad se deja gobernar en su vida cotidiana casi de manera absoluta por el sentido común, es decir, por el conjunto de las leyes naturales.

La libertad racional. El significado racional de la palabra libertad es el dominio sobre las cosas basado en las leyes de la naturaleza; es la independencia de las exigencias y los actos autoritarios de otras personas; es la ciencia, el trabajo, la rebelión política y, finalmente, la organización a la vez planificada y libre del medio social.

La libertad sólo es válida cuando es compartida por todos y todas. La definición materialista, realista y colectivista de la libertad es completamente opuesta a la definición de los idealistas. La definición materialista se formula así: el ser humano sólo se convierte en persona y llega a tener conciencia y a realizar su propia humanidad en la sociedad, gracias a la acción colectiva de toda la sociedad. Sólo se libera a sí mismo del yugo de la naturaleza externa por el trabajo colectivo y social, único capaz de transformar la superficie de la tierra en una residencia favorable para el desarrollo de la humanidad. Y sin esta emancipación material no puede haber emancipación intelectual o moral para nadie.

El ser humano no puede librarse a sí mismo del yugo de su propia naturaleza. Sólo puede subordinar sus instintos y movimientos corporales a la dirección de su mente en continuo desarrollo con ayuda de la educación y la crianza. Sin embargo, ambas cosas son fenómenos básica y exclusivamente sociales. Porque fuera de la sociedad el individuo seguiría siendo una bestia salvaje. Finalmente, un individuo aislado no puede tener conciencia de su libertad. Ser libre significa que la persona será reconocida y tratada como tal por las y los demás le rodean. La libertad no es, entonces, un hecho que nace del aislamiento, sino de la acción recíproca; no es un resultado de la exclusión sino, por el contrario, de la interacción social, porque la libertad de cada individuo es simplemente el reflejo de su humanidad.

Sólo puedo llamarme y sentirme libre en presencia de otras personas y en relación a ellas. Ante un animal no soy libre ni soy persona, porque ese animal es incapaz de concebir y, en consecuencia, es incapaz de reconocer mi humanidad.

Un caníbal que se come a sus cautivos, tratándolos como animales salvajes, no es una persona, sino una bestia. El amo de esclavos/as no es una persona, sino un amo. Al ignorar la humanidad de sus esclavos/as, ignora su propia humanidad.

La libertad cristiana. El mayor mérito del cristianismo fue que proclamó la humanidad de todos los seres humanos, incluyendo a las mujeres, así como también, la igualdad de todas las personas ante Dios. Pero ¿cómo proclamó este principio? Fácil, lo hizo en el cielo, en la vida futura, y no en la verdadera vida existente sobre la tierra. Además, esta igualdad venidera constituye una falsedad porque, como sabemos, el número de elegidos/as es muy pequeño.

La libertad del individuo es incrementada y no limitada por la libertad de todos y todas. Sólo soy libre cuando todos los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres. Lejos de limitar o negar mi libertad, la libertad de los demás es su condición necesaria y su confirmación. Sólo soy libre en el verdadero sentido de la palabra en virtud de la libertad de los demás, de manera que cuanto mayor es el número de personas libres que me rodean, y cuanto más amplia, profunda y extensa es su libertad, más profunda y amplia será la mía.

Al contrario, la esclavitud de otros/as es lo que levanta una barrera ante mi libertad, o (lo que viene ser prácticamente lo mismo) es su bestialidad lo que constituye una negación de mi humanidad, porque, repito de nuevo, sólo podré considerarme verdaderamente libre cuando mi libertad o (lo que es igual) mi dignidad humana, mi derecho humano, cuya esencia es no obedecer a nadie y seguir sólo la guía de mis propias ideas, cuando esa libertad, reflejada por la conciencia igualmente libre de las y los demás, vuelva a mí confirmada por el consenso de todas y todos. Mi libertad personal, confirmada así por la libertad de todas y todos, se extiende hasta el infinito.

Los elementos constituyentes de la libertad. Podemos ver entonces que la libertad, según la entienden los materialistas, constituye algo muy positivo, muy complejo y, sobre todo, eminentemente social, ya que sólo puede ser realizada por la sociedad y sólo en condiciones de estricta igualdad y solidaridad de cada persona con todos sus congéneres. Se pueden distinguir en ella tres fases de desarrollo o elementos, el primero de los cuales es altamente positivo y social. Es el desarrollo completo y el goce total por cada individuo en todas las facultades y poderes humanos a través de la educación, la formación científica y la prosperidad material; todo eso puede ser ofrecido exclusivamente gracias al trabajo colectivo, y al trabajo material y mental, muscular y nervioso de la sociedad en su conjunto.

La rebelión, segundo elemento de la libertad. El segundo elemento o fase de la libertad tiene un carácter negativo. Es el elemento de la rebelión por parte de la individualidad humana contra toda autoridad divina y humana, colectiva o individual. Es antes que nada la rebelión contra la tiranía del supremo fantasma teológico, contra Dios, y tras esto, y como consecuencia de la rebelión contra Dios, se encuentra la rebelión contra la tiranía de otras personas, contra la autoridad, individual y colectiva, representada y legalizada por el Estado.

La libertad, último destino del desarrollo humano. Pero nosotros/as, que no creemos en Dios ni en la inmortalidad del alma, ni en el libre albedrío, mantenemos que esta libertad debería ser entendida en su acepción más amplia como la meta del progreso histórico de la humanidad. Por un contraste extraño, aunque lógico, nuestros adversarios idealistas de la teología y la metafísica, toman el principio de la libertad como la base y el punto de partida de sus teorías, para deducir de él la esclavitud inevitable de todas y todos.

La libertad y el socialismo son mutuamente complementarios. La realización concienzuda de la libertad, la justicia y la paz será imposible mientras una gran mayoría de la población permanezca desposeída en relación a sus necesidades más elementales, mientras esté privada de educación y condenada a la esclavitud del trabajo asalariado, produciendo toda la riqueza de la cual el mundo se enorgullece ahora y recibiendo a cambio una parte tan insignificante que apenas alcanza para asegurar a cada trabajador y trabajadora el pan del día siguiente. Estamos convencidos de

que la libertad sin socialismo es un privilegio y una injusticia, y de que el socialismo sin libertad es esclavitud y brutalidad.

Socialismo y libertad. Por mucho que se recurra a toda clase de subterfugios, por mucho que se intente oscurecer el tema y falsificar la ciencia social en beneficio de la explotación burguesa, toda persona sensible sin interés de engañarse a sí misma se da cuenta de que un reducido número de personas con privilegios económicos hereda capital y tierra que no son el producto de su propio trabajo, mientras la inmensa mayoría de las y los trabajadores/as no hereda nada; de que las rentas de la tierra y los intereses del capital permitan a estos privilegiados vivir sin trabajar; mientras obliga a la gran mayoría a dedicar prácticamente todo el tiempo de su vida a trabajar por un salario. En estas condiciones la igualdad es inconcebible.

Incluso suponiendo que en la sociedad todas y todos trabajen pero que una clase de esta sociedad, gracias a su situación económica y a los privilegios políticos y sociales derivados de ella, pueda dedicarse exclusivamente al trabajo mental, mientras la inmensa mayoría de la población trabaja duro para su subsistencia en empleos manuales y físicos; entonces tampoco existirá igualdad. En otras palabras, mientras los individuos al nacer no encuentren en la sociedad los mismos medios de vida, la misma educación, formación, trabajo y disfrute, la igualdad política, económica y social será imposible.

En nombre de la igualdad la burguesía derribó y masacró a la nobleza. Y en nombre de la igualdad pedimos también la muerte de la burguesía. Pero, siendo menos sanguinarios que la burguesía revolucionaria, no queremos la muerte de las personas, sino la abolición de las posiciones sociales y las diferencias reales. Si la burguesía se resigna a estos cambios inevitables, no se tocará ni un pelo de su cabeza. Pero tanto peor para ella decide defender sus privilegios.

La naturaleza de la verdadera libertad. Soy un fanático amante de la libertad, por considerarla único medios en el que pueden desarrollarse la inteligencia, la dignidad y la felicidad de las personas; pero no de esa libertad formal, concebida, medida y regulada por el Estado, cuya existencia es una eterna falsedad que en realidad sólo representa el privilegio de unos cuantos sobre la esclavitud del resto; ni tampoco de aquella libertad individualista, egoísta, insatisfactoria para el espíritu y ficticia, proclamada por Jean

Jacques Rousseau y por todas las demás escuelas del liberalismo burgués, que considera al llamado derecho público representado por el Estado como el límite del derecho de cada individuo, lo que desemboca siempre y de forma necesaria en la liquidación del derecho de cada persona.

No: yo tengo presente la única libertad digna de ese nombre, la libertad que consiste en el pleno desarrollo de todos los poderes materiales, intelectuales y morales latentes en cada persona; una libertad que no reconoce más restricciones que las trazadas por las leyes de nuestra propia naturaleza, lo cual equivale a decir que no hay restricción alguna porque esas leyes no nos son impuestas por ningún legislador exterior situado sobre nosotros/as. Esas leyes no son inmanentes e inherentes; constituyen la auténtica base de nuestro ser, tanto material como intelectual y moral; y en lugar de encontrar en ellas un límite a nuestra libertad, debiéramos considerarlas como sus condiciones reales y su efectiva razón.

Yo tengo presente esta libertad de cada persona que, lejos de verse limitada por la libertad de los demás, es confirmada por ella y extendida al infinito. Una libertad que, habiendo derribado todos los ídolos celestes y terrenos, habrá de fundar y organizar un nuevo mundo —el mundo de la solidaridad humana— sobre las ruinas de todas las Iglesias y Estados.

Soy un partidario convencido de la igualdad económica y social, porque sé que, fuera de esta igualdad, la libertad, la justicia, la dignidad humana, la moralidad y el bienestar de los individuos, así como el florecimiento de las naciones son una mentira.

Ya hemos dicho que por libertad entendemos, por un lado, el desarrollo más completo posible de todas las facultades naturales de cada individuo, y por otro, su independencia respecto a las leyes impuestas por otras voluntades humanas, colectivas o aisladas.

Por libertad entendemos, desde el punto de vista positivo, el máximo desarrollo posible de todas las facultades naturales de cada individuo, y desde el punto de vista negativo, la independencia de la voluntad de cada persona en relación con la voluntad de otros/as.

Estamos convencidos/as —y la historia moderna confirma plenamente nuestra convicción— de que mientras la humanidad esté dividida en una

minoría explotadora y una mayoría explotada, la libertad es imposible, transformándose por tanto en una mentira. Si deseas la libertad para todas y todos, debes esforzarte por conseguir la igualdad universal.

¿Cómo pueden asegurarse la libertad y la igualdad? ¿Deseas hacer que sea imposible para cualquiera oprimir a otra persona? Entonces asegúrate de que nadie tenga poder. ¿Deseas que las personas respeten la libertad, los derechos y la personalidad de los demás? Asegúrate entonces de que sean compelidos a respetar esas cosas, no forzados por el deseo o la acción opresiva de otros/as, ni tampoco por la represión del Estado y sus leyes, sino por una verdadera organización del medio social; esta organización está constituida de manera que, permitiendo a cada persona el más completo disfrute de su libertad, no permite a ningún individuo elevarse sobre los demás ni dominarlos a no ser mediante la influencia natural de sus cualidades morales e intelectuales, sin que esta influencia se imponga nunca como un derecho y sin apoyarse en ninguna institución política.

Inevitabilidad de la Lucha de Clases en la Sociedad.

Ciudadanos y esclavos/as: tal era el antagonismo existente en el mundo antiguo y en los Estados esclavistas del Nuevo Mundo. Ciudadanos y esclavos/as, es decir, obreros/as a la fuerza, esclavos/as no de derecho, pero sí de hecho; tal es el antagonismo del mundo moderno y al igual que los Estados antiguos sucumbieron por la esclavitud, así perecerán también los Estados modernos a manos del proletariado.

Las diferencias de clase son reales a pesar de la falta de delimitaciones claras. En vano intentaríamos consolarnos pensando que este antagonismo es ficticio y no real, o que resulta imposible trazar una línea clara de demarcación entre las clases poseedoras y las desposeídas, ya que ambas se mezclan a través de muchos matices intermedios e imperceptibles. Tampoco existen tales líneas de delimitación en el mundo natural; por ejemplo, es imposible mostrar en la serie ascendente de los seres el punto exacto donde termina el reino de las plantas y comienza el reino animal, donde cesa la bestialidad y comienza la humanidad. Sin embargo, existe una diferencia muy real entre una planta y un animal, y entre un animal y una persona.

Lo mismo acontece en la sociedad humana: a pesar de los vínculos intermedios que hacen imperceptibles la transición de una situación política y social a otra, la diferencia entre las clases es muy marcada, y todos pueden distinguir a la aristocracia de sangre azul de la aristocracia financiera, a la alta burguesía de la pequeña burguesía, o a esta última del proletariado fabril y urbano -lo mismo que podemos distinguir al terrateniente, al rentier, del campesinado que trabaja su propia tierra, y un granjero del proletario rústico común (la mano de obra agrícola a sueldo).

La diferencia básica entre las clases. Todos esos diferentes grupos políticos y sociales pueden reducirse ahora a dos categorías principales, diametralmente opuestas y naturalmente hostiles entre sí: las clases privilegiadas, que posee todos los privilegios en cuanto a posesión de tierra, capital, o incluso sólo de educación burguesa, y las clases trabajadoras desheredadas en cuanto a la tierra y al capital, y privadas de toda educación e instrucción.

La lucha de clases en la sociedad existente no admite conciliación. El antagonismo existente entre el mundo burgués y el de las y los trabajadores/as asume un carácter cada vez más pronunciado. Toda persona sensata debe comprender que es imposible cualquier reconciliación entre ambos mundos. Las y los trabajadores/as quieren igualdad, y la burguesía quiere mantener la desigualdad. Obviamente, una cosa destruye a la otra. En consecuencia, la gran mayoría de los capitalistas burgueses y los propietarios con valor para confesar abiertamente sus deseos manifiestan con la misma franqueza el espanto que les inspira el actual movimiento obrero. Son enemigos resueltos y sinceros; los conocemos, y bien está que así sea.

Indudablemente, no puede haber reconciliación entre el proletariado, irritado y hambriento, movido por pasiones social-revolucionarias y obstinadamente determinado a crear otro mundo sobre los principios de verdad, justicia, libertad, igualdad y fraternidad humana (principios tolerados en la sociedad respetable sólo como tema inocente de ejercicios retóricos), y el mundo ilustrado y educado de las clases privilegiadas que defienden con desesperado vigor el régimen político, jurídico, metafísico, teológico y militar como última fortaleza en la custodia del precioso privilegio de: la explotación económica. Entre esos dos mundos, entre el sencillo pueblo trabajador y la

sociedad educada (que combina en sí misma, como sabemos, todas las excelencias, bellezas y virtudes) no hay reconciliación posible.

La lucha de clases en términos de progreso y reacción. Sólo han persistido dos fuerzas reales hasta el presente: el partido del pasado, de la reacción, que comprende a todas las clases poseedoras y privilegiadas y que ahora busca refugio, a menudo expresamente, bajo la bandera de la dictadura militar o la autoridad del Estado y el partido del futuro, el partido de la emancipación humana integral, el partido del Socialismo Revolucionario, del proletariado. Hemos de ser sofistas o completamente ciegos para negar la existencia del abismo que separa actualmente a ambas clases. Como acontecía en el mundo antiguo, nuestra civilización moderna -regida por una minoría relativamente limitada de ciudadanos privilegiados- tiene como base el trabajo forzado (forzado por el hambre) de la gran mayoría de la población, condenada inevitablemente a la ignorancia y la brutalidad...

El comercio libre no es solución. En vano podemos decir que el mejoramiento de la situación económica de las clases trabajadoras depende del progreso general de la industria y el comercio en todos los países y de su completa emancipación de la tutela y la protección estatal. La libertad de industria y comercio es, por supuesto, una gran cosa, y constituye uno de los fundamentos básicos para la unión internacional futura de todos los pueblos del mundo. Pero hemos de reconocer, por otra parte, que mientras exista el Estado actual, esta libertad, al enriquecer a una sección muy pequeña de la burguesía a expensas de la gran mayoría de la población, no producirá un buen resultado.

El capitalismo del libre comercio es un suelo fértil para el crecimiento de la pobreza. Inglaterra, Bélgica, Francia y Alemania son sin duda los países europeos donde el comercio y la industria disfrutaban de una mayor libertad relativa y han alcanzado el nivel más alto de desarrollo. Por lo mismo, son precisamente los países donde la pobreza se siente de modo más cruel, y donde parece haberse ensanchado en una medida desconocida para los demás países la distancia que separa a los capitalistas y propietarios de las clases trabajadoras.

El trabajo de las clases privilegiadas. De este modo nos vemos llevados a reconocer como regla general que en el mundo moderno -aunque no sea en la misma medida que en el mundo antiguo- la civilización de un pequeño

número se basa todavía sobre el trabajo forzado y el barbarismo relativo de la gran mayoría. Sin embargo, sería injusto decir que esta clase privilegiada es totalmente ajena al trabajo. Por el contrario, en nuestros días muchos de sus miembros trabajan a fondo. El número de personas absolutamente ociosas decrece perceptiblemente, y el trabajo está empezando a provocar respeto en esos círculos; porque los miembros más afortunados de la sociedad están empezando a comprender que para mantenerse en el alto nivel de la civilización actual, para ser capaces al menos de disfrutar de sus privilegios y conservarlos, es preciso trabajar mucho.

Pero existe una diferencia entre el trabajo de las clases acomodadas y el de obreros y obreras: el primero, al estar pagado, en una medida proporcionalmente muy superior al segundo, proporciona ocio a las personas privilegiadas, y el ocio constituye la condición suprema de todo desarrollo humano; intelectual y moral -una condición jamás disfrutada hasta ahora por las clases trabajadoras-.

El cambio de situación producido por la gran revolución francesa. Se nos dice que este contraste o abismo entre la minoría privilegiada y el gran número de desheredados ha existido siempre y sigue existiendo. Entonces, ¿qué tipo de cambio se produjo? El cambio consiste en que antes este abismo estaba envuelto en una densa niebla religiosa y oculto así a las masas del pueblo; desde que la Gran Revolución comenzó a despejar esta niebla, las masas se han hecho conscientes de la distancia, y empiezan a preguntarse por el motivo de su existencia. El significado de tal cambio es inmenso. Desde que la Revolución trajo a las masas su Evangelio -no el místico, sino el racional; no el celestial, sino el terrenal; no el divino, sino el humano, el Evangelio de los Derechos del Humanos-, desde que proclamó que todas las personas son iguales, que todas las personas tienen derecho a la libertad y a la igualdad, las masas de todos los países europeos y de todo el mundo civilizado, tras despertar gradualmente del sopor que les había mantenido en la servidumbre desde que el cristianismo los drogara con su opio, empezaron a preguntarse si no tenían ellas también derecho a la libertad, la igualdad y la humanidad.

El socialismo es la consecuencia lógica de la dinámica de la Revolución Francesa. Tan pronto como se planteó esta cuestión, guiado por su admirable sensatez y por sus instintos, el pueblo comprendió que la primera condición de su emancipación real, o de su humanización, era un cambio

radical en la situación económica. La cuestión del pan cotidiano era simplemente la primera cuestión porque, como había observado hace mucho tiempo Aristóteles, las personas deben ser liberadas de las preocupaciones de la vida material para poder pensar, para poder sentirse libres, para llegar a ser efectivamente personas. En cierto modo, los burgueses que vociferan tanto en sus ataques contra el materialismo del pueblo y le predicán las abstinencias del idealismo lo saben muy bien, pues lo predicán solo de palabra, y no con el ejemplo.

La segunda cuestión para el pueblo era el ocio tras el trabajo, condición indispensable para la humanidad. Pero el pan y el ocio nunca podrán obtenerse sin una transformación radical de la organización presente de la sociedad, y esto explica por qué la Revolución, empujada exclusivamente por las consecuencias de su propio principio, dio origen al Socialismo.

Análisis del Estado Moderno.

Capitalismo y democracia representativa. La producción capitalista moderna y la especulación bancaria exigen para su pleno desarrollo un gran aparato estatal centralizado, pues sólo él es capaz de someter a su explotación a los millones de asalariados/as.

Una organización federal establecida de abajo a arriba y formada por asociaciones y grupos de trabajadores/as, por comunas urbanas y rurales, y por regiones y pueblos, es la única condición de una libertad real y no ficticia, aunque representa justamente lo contrario de la producción capitalista y de todo tipo de explotación económica. Pero la producción capitalista y la especulación bancaria se llevan muy bien con la llamada democracia representativa ; porque esta forma moderna del Estado, basada sobre una supuesta voluntad legislativa del pueblo, supuestamente expresada por los representantes populares en asambleas supuestamente populares, unifica en sí las dos condiciones necesarias para la prosperidad de la economía capitalista: centralización estatal y sometimiento efectivo del pueblo a la minoría que teóricamente le representa, pero que prácticamente le gobierna en lo intelectual e invariablemente le explota.

El Estado moderno debe tener un aparato militar centralizado. El Estado moderno, en su esencia y en sus metas, es necesariamente un Estado militar, y un Estado militar se ve llevado por su propia lógica a convertirse en un Estado conquistador. Si no conquista, será conquistado por otros, y esto es cierto por el simple motivo de que donde hay fuerza, debe manifestarse de algún modo. De aquí se deduce que el Estado moderno debe ser invariablemente un Estado grande y poderoso; sólo bajo esta condición indispensable puede preservarse a sí mismo.

La dinámica del Estado y la del capitalismo son idénticas. Lo mismo que la producción capitalista y la especulación bancaria, que a la larga engulle tal producción, deben expandirse incesantemente, bajo amenaza de quiebra, a expensas de las pequeñas empresas financieras y productivas, convirtiéndose en empresas monopolísticas universales y diseminadas por todo el orbe, también el Estado moderno y forzosamente militar se ve empujado por un impulso irreprimible a convertirse en un Estado universal. Pero un Estado universal, cosa desde luego imposible, sólo puede existir sin iguales; la existencia de dos Estados semejantes resulta absolutamente imposible.

Monarquía y república. La hegemonía es sólo una manifestación modesta, posible de acuerdo con las circunstancias, de este impulso irrealizable inmanente a todo Estado y la primera condición de esta hegemonía es la impotencia relativa y el sometimiento de todos los Estados vecinos. En la hora actual, de la máxima gravedad en sus implicaciones, un Estado fuerte sólo puede tener como fundamento la centralización militar y burocrática. En este sentido, la diferencia esencial entre una monarquía y una república democrática se reduce a lo siguiente: en una monarquía el mundo burocrático oprime y explota al pueblo para mayor beneficio de las clases poseedoras privilegiadas, y también para el suyo propio, y todo ello lo hace en nombre del monarca; en una república, la misma burocracia hará exactamente lo mismo, pero en nombre de la voluntad del pueblo.

Ningún Estado puede satisfacer las aspiraciones del pueblo. Por democrático que pueda ser en su forma, ningún Estado -ni siquiera la república política más roja, que es una república popular en el mismo sentido que la falsedad definida como representación popular- puede proporcionar al pueblo lo que necesita, es decir, la libre organización de sus propios intereses de abajo arriba, sin interferencia, tutela o violencia de los estratos

superiores. Porque todo Estado, hasta el más republicano y democrático - incluyendo el Estado supuestamente popular concebido por el señor Marx- es esencialmente una máquina para gobernar a las masas desde arriba, a través de una minoría inteligente y por tanto privilegiada, que supuestamente conoce los verdaderos intereses del pueblo mejor que el propio pueblo.

El inmanente antagonismo hacia el pueblo lleva a la violencia. De este modo, incapaces de satisfacer las exigencias del pueblo o de suprimir la pasión popular, las clases poseedoras y gobernantes sólo tienen un medio a su disposición: la violencia estatal, en una palabra: el Estado. El Estado implica violencia, un gobierno basado sobre una violencia disfrazada o, en caso necesario, abierta y sin ceremonias. El Estado, cualquier Estado - aunque esté vestido del modo más liberal y democrático- se basa forzosamente sobre la dominación y la violencia, es decir, sobre un despotismo que no por ser oculto resulta menos peligroso.

Militarismo y libertad. Ya hemos dicho que la sociedad no puede conservarse como Estado sin asumir el carácter de un Estado conquistador. La misma competencia que en el campo económico aniquila y devora el capital, las empresas industriales y las propiedades inmuebles pequeñas e incluso medianas en favor del gran capital, las grandes fábricas y establecimientos comerciales, actúa también en las vidas de los Estados y conduce a la destrucción y absorción de los Estados medios y pequeños en beneficio de los imperios. Por ello, todo Estado, si quiere disfrutar de una verdadera independencia y no sólo de una independencia nominal sufriendo a sus vecinos, debe convertirse inevitablemente en un Estado conquistador. Pero ser un Estado conquistador significa verse en la necesidad de someter a muchos millones de personas. Y esto requiere el desarrollo de una enorme fuerza militar. Y donde prevalece la fuerza militar, debe desaparecer la libertad, en especial la libertad y el bienestar del pueblo trabajador.

La expansión del Estado conduce a un incremento del abuso. Se dice que cuando el Estado se ha ampliado y su población se dobla, triplica o multiplica por diez, va haciéndose más liberal y que su acción gubernamental se hará más popular en cuanto a su carácter y más en armonía con los instintos del pueblo. Pero ¿sobre qué se basan esta esperanza y esta suposición? ¿Sobre la teoría? Sin embargo, en el terreno teórico es bastante obvio que cuanto mayor sea el Estado, cuanto más complejo sea su organismo y más ajeno se haga al pueblo –inclinándose por ello más sus

intereses en dirección opuesta a los intereses de las masas del pueblo-mayor será la opresión. ¿Qué nos dice la experiencia práctica de otros países? Para contestar a esta pregunta, basta mencionar el ejemplo de Rusia, Austria, la Prusia expandida, Francia, Inglaterra, Italia, e incluso los Estados Unidos de América, donde todo está bajo el control administrativo de una clase especial y enteramente burguesa, sometido al control de los llamados políticos o comerciantes en política, mientras las grandes masas de trabajadores/as viven en condiciones que son tan miserables y aterradoras como las dominantes en los Estados monárquicos.

El control social del poder estatal como garantía necesaria para la libertad. La sociedad moderna está tan convencida de esta verdad -según la cual todo poder político, sea cual fuere su origen y su forma, tiende necesariamente hacia el despotismo-- que en cualquier país donde consigue emanciparse en alguna medida del Estado se apresura a someter al gobierno a un control lo más severo posible, incluso cuando éste ha brotado de una revolución y de elecciones populares. Las mejores personas se corrompen fácilmente, sobre todo cuando el propio medio promueve la corrupción de los individuos por una falta de control serio y oposición permanente. La falta de oposición permanente y de control continuo le convierte inevitablemente en un germen de depravación moral para todos los individuos, que se encuentran investidos con algún poder social.

La participación en el gobierno como fuente de corrupción. Muchas veces se ha establecido como verdad general que para cualquiera, incluso para la persona más liberal y popular, basta pasar a formar parte de la maquinaria gubernamental para sufrir un cambio completo de aspecto y actitud. Si esa persona no se ve frecuentemente fortalecida y revitalizada por los contactos con la vida del pueblo si no se ve obligada a actuar abiertamente en condiciones de plena publicidad; si no está sometida a un régimen saludable e interrumpido de control y crítica popular destinado a recordarle constantemente que no es el amo ni siquiera el guardián de las masas, sino sólo su delegado/a o el funcionario/a elegido/a, sujeto siempre a revocación; si no se encuentra ante tales condiciones, corre el peligro de corromperse profundamente al tratar sólo con aristócratas.

El sufragio universal como intento de control popular; el ejemplo suizo. Sería fácil demostrar que en ninguna parte de Europa hay un verdadero

control por parte del pueblo. Pero nos limitaremos a Suiza, y veremos cómo se está aplicando este control.

Hacia el período de 1830 los cantones más avanzados de Suiza intentaron garantizar la libertad introduciendo el sufragio universal... Una vez establecido este sufragio universal, se generalizó la creencia de que desde entonces quedaba firmemente asegurada la libertad para la población. Sin embargo, esto resultó ser una gran ilusión, y podemos decir que la realización de esa ilusión condujo en algunos cantones al hundimiento y en todas partes a la desmoralización.

Y, de hecho, todo parecía muy natural y muy simple: lo si el poder legislativo y el ejecutivo emanan directamente de las elecciones populares, ¿no serán la pura expresión de la voluntad del pueblo, y esta voluntad puede producir algo distinto de la libertad y la prosperidad popular?

El sufragio universal bajo el capitalismo. Confieso abiertamente que no comparto la supersticiosa devoción de los burgueses liberales o republicanos por el sufragio universal... Mientras el sufragio universal se ejerza en una sociedad donde el pueblo, la masa de trabajadores/as, está económicamente dominada por una minoría que controla de modo exclusivo la propiedad y el capital del país, por libre e independiente que pueda ser el pueblo en otros aspectos o parezca serlo desde el punto de vista político, esas elecciones realizadas bajo condiciones de sufragio universal sólo pueden ser ilusorias y antidemocráticas en sus resultados, que invariablemente se revelarán absolutamente opuestos a las necesidades, a los instintos ya la verdadera voluntad de la población.

El sufragio universal en la historia pasada. Y todas las elecciones celebradas tras el coup d'état de diciembre, con participación directa del pueblo francés, ¿no fueron en sus resultados abiertamente contrarias a los intereses del pueblo? ¿Y no ofreció el último plebiscito imperial siete millones de votos positivos para el Emperador? Se alegrará sin duda que el sufragio universal no se ha ejercitado libremente jamás bajo el Imperio, en la medida en que la libertad de prensa y la libertad de asociación -condiciones esenciales de la libertad política- han sido proscritas para entregar al pueblo indefenso a la corrupción de una prensa subvencionada y una administración infame. Concedamos esto; pero las elecciones de 1848 para la Asamblea Constituyente y el puesto de Presidente, y también las celebradas en mayo

de 1849 para la Asamblea Legislativa fueron según creo, absolutamente libres. Se produjeron sin presión indebida ni intervención del gobierno, bajo condiciones de la máxima libertad. ¿Y qué produjeron? Nada salvo la reacción.

Por qué las y los trabajadores/as no pueden hacer uso de la democracia. Hemos de amar mucho las ilusiones para imaginar que las y los trabajadores/as -en las condiciones sociales y económicas en que ahora se encuentran- pueden aprovechar plenamente o hacer un uso serio y real de su libertad política. Para ello les faltan dos «pequeñas» cosas: ocio y medios materiales... Sin duda, las y los trabajadores/as franceses/as no eran indiferentes ni estaban faltos de inteligencia, pero a pesar del sufragio universal más completo, debieron dejar el campo de acción a la burguesía. ¿Por qué? Porque carecían de los medios materiales necesarios para transformar en realidad la libertad política, porque seguían siendo esclavos/as forzados/as a trabajar por el hambre, mientras los burgueses radicales, liberales e incluso conservadores seguían yendo y viniendo, agitando, arengando y conspirando libremente.

Las elecciones de 1848, en su gran mayoría, las ganaron sacerdotes, legitimistas y partidarios de la monarquía, los elementos más reaccionarios y retrógrados de Francia y no podía ser de otro modo. No, no podía ser de otro modo, y esto será verdad en una medida todavía mayor mientras prevalezca la desigualdad de condiciones económicas y sociales en la organización de la sociedad, y mientras ésta siga dividida en dos clases, una de las cuales -la clase explotadora y privilegiada- disfruta de todas las ventajas de la fortuna, la educación y el ocio, mientras a la otra clase -donde se encuentra toda la masa del proletariado- sólo le corresponde el trabajo forzado y monótono, la ignorancia y la pobreza, con su necesario acompañamiento: la esclavitud de hecho, ya que no de derecho...

Grandes paradojas a las que el proletariado debe hacer frente en la democracia política. Los millones de proletarios/as asalariados/as jamás podrán apartarse de la influencia perniciosa y el dominio natural de diversos representantes de las clases privilegiadas, comenzando por el predicador, el republicano burgués o el dirigente vestido de rojo o jacobino. Estos representantes, aunque puedan parecer divididos, o incluso estarlo en cuanto a cuestiones políticas, se encuentran, a pesar de todo, unidos por un interés común y supremo: la explotación de la miseria. ¿Cómo podría resistir el

proletariado urbano y rural las intrigas políticas de los clérigos, la nobleza y la burguesía? sólo tiene un arma de auto-defensa: su instinto, puesto que está oprimida por el privilegio, exige espontáneamente la igualdad para todas y todos.

Obreros y obreras carecen de educación, ocio y conocimiento. Pero el instinto no es suficiente como arma para salvaguardar al proletariado de las maquinaciones reaccionarias de la clase privilegiada. Librado a sí mismo, y no transformado en un pensamiento conscientemente reflexivo y claramente determinado, se deja llevar fácilmente por la falsificación, la distorsión y el engaño. Pero es imposible que se eleve a este estado de auto-conciencia sin ayuda de la educación, de la ciencia; y ciencia, conocimiento de los asuntos y las personas, y experiencia política, son cosas de las que carece completamente el proletariado. La consecuencia puede preverse fácilmente: el proletariado quiere una cosa, pero aprovechándose de su ignorancia los astutos le hacen realizar otra bien distinta, sin que sospeche siquiera que está realizando lo contrario de su deseo y cuando al fin se da cuenta, suele ser por lo general demasiado tarde para poner coto a ese error, del cual se convierte de forma natural, necesaria e invariable en la primera y principal víctima.

Los diputados “trabajadores” pierden su aspecto proletario. Pero se nos dice que las y los obreros/as, instruidos por la experiencia, no volverán a elegir a la burguesía como representante en las Asambleas Constituyente y Legislativa; al contrario, enviarán simples a otros/as trabajadores/as. ¿Y sabéis cuál será el resultado? El resultado inevitable será que los diputados obreros, transferidos a un medio puramente burgués y a una atmósfera de ideas políticas puramente burguesas, dejando de hecho de ser obreros/as para convertirse en “hombres de estado”, adoptarán concepciones propias de la clase media, quizá incluso en mayor grado que los mismos burgueses. Porque las personas no crean las situaciones; son las situaciones las que crean a las personas. Sabemos por experiencia que los obreros y obreras que alcanzan puestos de poder no suelen ser con frecuencia menos egoístas que los explotadores burgueses, ni menos dañinos para la Internacional que los socialistas burgueses y tampoco son menos ridículos en su vanidad que los plebeyos burgueses ascendidos a la nobleza.

La libertad política sin el socialismo es un fraude. Sea lo que sea lo que se diga o se haga, hay una cosa clara: mientras las y los trabajadores/as

permanezcan en su estado actual, les será imposible libertad alguna. A quienes piden libertades políticas sin tocar la ardiente cuestión de la propiedad, sin articular siquiera la frase revolución social, que pone a temblar a los burgueses, les tocará seguir esperando eternamente la llegada de esa libertad.

Bajo el capitalismo, la burguesía está mejor equipada que las y los trabajadores/as para hacer uso de la democracia. Es cierto que la burguesía sabe mejor que el proletariado lo que quiere y lo que debe querer. Esto es verdad por dos razones: primero, porque es más culta, porque tiene más ocio y muchos más medios de todo tipo para conocer a las personas a las que elige; y segundo, y esta es la razón principal, porque el propósito que persigue no es nuevo ni inmensamente vasto en sus fines, como acontece con el del proletariado. Al contrario, es un propósito conocido y completamente determinado por la historia y por todas las condiciones de la situación actual de la burguesía; no es más que la preservación de su dominio político y económico. Esto se plantea de modo tan claro que resulta bastante fácil adivinar y saber cuál entre los candidatos solicitantes de los votos electorales burgueses es capaz de servir bien a sus intereses. En consecuencia es seguro, o casi seguro, que la burguesía estará siempre representada de acuerdo con sus deseos más íntimos.

Las clases no renuncian a sus privilegios. Pero no es menos cierto que esta representación, excelente desde el punto de vista de la burguesía, resultará detestable desde el punto de vista de los intereses populares. Al ser los intereses de la burguesía absolutamente opuestos a los de las masas trabajadoras, es seguro que un parlamento burgués nunca podrá hacer más que legislar la esclavitud del pueblo y votar todas aquellas medidas cuya meta sea la perpetuación de su pobreza e ignorancia. De hecho, hemos de ser extremadamente ingenuos para creer que un parlamento burgués podría votar libremente en favor de la emancipación intelectual, material y política del pueblo. ¿Ha sucedido alguna vez en la historia que un cuerpo político, una clase privilegiada, se suicidase o sacrificase el menor de sus intereses y de sus llamados derechos por amor a la justicia y la libertad? No, las clases nunca se sacrifican así mismas y nunca lo harán, porque es contrario a su naturaleza, a la razón de su existencia. En consecuencia, sería preciso estar completamente loco para esperar de una asamblea privilegiada medidas y leyes en beneficio del pueblo.

A mi juicio está claro que el sufragio universal constituye la manifestación más amplia, y al mismo tiempo más refinada, de la charlatanería política estatal; es sin duda alguna un instrumento peligroso, que exige de quienes lo utilizan una: gran habilidad y competencia, pero que al mismo tiempo, si esas personas aprenden a utilizarlo, puede convertirse en el medio más seguro para hacer que las masas cooperen la construcción de su propia cárcel.

La Base Racional de las Tácticas Revolucionarias.

La racionalidad histórico-económica. Admito que el orden actual, tanto el político como el civil y el social existentes en cada país, es el resumen final o el resultado del choque, de la lucha, del triunfo y de la aniquilación mutua, como así también de la combinación e interacción de todas las fuerzas heterogéneas, tanto internas como externas, que operan en un país y actúan sobre él. ¿Qué se deduce de esto? En primer lugar, que es posible un cambio del orden dominante y que tal cambio sólo puede darse como resultado de la modificación del equilibrio de fuerzas que actúan en una sociedad.

Para resolver cómo el equilibrio existente de las fuerzas sociales fue modificado en el pasado y cómo puede ser modificado en el presente —lo que constituye un importante problema— debemos examinar más de cerca la naturaleza esencial de esas fuerzas.

Tal como ocurre en el mundo orgánico e inorgánico, donde todo lo que vive o simplemente existe —en sentido mecánico, físico o químico— influye en su entorno en alguna medida, en la sociedad humana hasta el ser más humilde encarna una pequeña parte de la fuerza social. Por cierto que esta fuerza, tomaba aisladamente o en comparación con la inmensa totalidad de las fuerzas sociales, resulta insignificante y su efecto es casi nulo. Es decir, si yo solo, sin ayuda, tratara de cambiar el orden existente, únicamente porque no me satisface —y sólo a mí no satisface—, demostraría ser un tonto y nada más que eso.

Sin embargo, si tuviéramos diez, veinte o treinta personas que persiguen la misma meta, eso sería algo más serio, aunque todavía tristemente inadecuado, a menos que la meta final fuera trivial e insignificante. Los

esfuerzos combinados de unas pocas decenas de personas deben ser tomados mucho más seriamente que los de una sola persona, no solamente porque su número sea mayor —en una sociedad de muchos millones la suma de unas pocas decenas de unidades es casi nula comparada con la totalidad de las fuerzas sociales— sino porque allí donde unas pocas decenas de individuos unen sus esfuerzos para lograr un objetivo común nace una nueva fuerza que excede en mucho la simple suma de sus esfuerzos individuales aislados.

En el campo de la economía política, este hecho fue observado por Adam Smith y adscrito a la consecuencia natural de la división del trabajo. Pero en el caso particular que analizamos, no es sólo la división del trabajo la que actúa, la que crea la nueva fuerza, sino — y en una medida aún mayor— es el acuerdo y luego el desenvolvimiento de un plan de acción, seguido invariablemente por la mejor distribución y la combinación calculada o mecánica de las escasas fuerzas disponibles, que el plan antedicho elabora.

Lo cierto es que desde el comienzo de la historia, en todos los países —aun en los más cultos e inteligentes— la suma total de las fuerzas sociales está dividida en dos categorías principales, que difieren esencialmente entre sí y casi siempre se oponen. Una categoría abarca las fuerzas inconscientes, instintivas, tradicionales y, por así decirlo, elementales, las que están escasamente organizadas aunque vivas y en movimiento, mientras que la otra presenta una suma incomparablemente menor de fuerzas conscientes, organizadas, unidas con vistas a un fin y que actúan y se estructuran mecánicamente según un plan dado. En una palabra, la sociedad se halla dividida en una minoría compuesta de explotadores y una mayoría que comprende la inmensa masa popular, explotada con mayor o menor conciencia por los otros.

Por cierto, resulta prácticamente imposible dibujar una línea firme e inflexible que separe un mundo de otro. En la sociedad, como en la naturaleza, las fuerzas más contrarias se tocan en los extremos. Pero podemos decir que, por ejemplo, son las y los campesinos/as, obreros/as y plebeyos/as quienes representan la categoría de explotados/as. Sobre ellos se levantan en el orden jerárquico. Las capas sociales que se elevan en escalón por encima del campesinado y de la comunidad son los kulaks de los pueblos y de las corporaciones de comerciantes, que sin duda explotan al pueblo, pero que a su vez son explotados/as por las que están sobre ellos/as: los sacerdotes, los

nobles y, sobre todo, los funcionarios inferiores y superiores del gobierno. Lo mismo puede decirse de las filas inferiores del clero, duramente explotadas por las superiores, y las de la clase media, eclipsadas por ricos terratenientes y ex comerciantes, por una parte, y por funcionarios públicos y aristócratas, por la otra. La burocracia y el ejército constituyen una extraña mezcla de elementos activos y pasivos en lo que se refiere a la explotación por parte del Estado, existiendo mayor pasividad en las filas inferiores y mayor actividad consciente en las superiores.

En la cima de esta escala se ubica un pequeño grupo que representa a la categoría de explotadores en su sentido más puro y activo: los altos funcionarios militares, civiles y eclesiásticos y, con ellos, los que ocupan la cúpula del mundo financiero, industrial y comercial, que devoran —con el consentimiento y bajo la protección del Estado— la riqueza, o mejor dicho, la pobreza del pueblo.

La interrogante es: ¿Cómo es posible que unos pocos sean capaces de explotar impunemente a la gran mayoría de la población? ¿Acaso tienen esas pocas personas más fuerza física o inteligencia natural que todas y todos los explotados/as? Basta haber planeado la pregunta para contestarla negativamente. La fuerza física está por supuesto fuera de cuestión, y en cuanto a inteligencia innata, si tomamos al azar cien personas del estrato inferior y las comparamos con cien explotadores en lo referido a capacidad mental, nos convenceremos de que los primeros poseen mayor inteligencia innata que los últimos, pero éstos tienen una enorme ventaja sobre la masa del pueblo, la ventaja de la educación. Sí, la educación es una fuerza, y por muy distorsionada, superficial y deficiente que sea la educación de las clases superiores, no hay duda que, unida a otras causas, contribuye poderosamente a conservar el poder en manos de una minoría privilegiada.

Pero aquí surge este interrogante: ¿por qué es educada la minoría en tanto que la inmensa mayoría permanece sin educación? ¿Acaso la minoría tiene más capacidad en ese sentido? De nuevo basta plantearse esta pregunta para contestarla negativamente. Existe más capacidad en la masa del pueblo que en la minoría, lo que significa que esta última goza del privilegio de la educación por razones completamente diferentes. La razón es esa minoría ha estado desde tiempo atrás en una posición que le permite acceder a la educación y conserva todavía esa posición, mientras que la masa del pueblo no puede lograr ninguna educación; o sea, la minoría ocupa la ventajosa

posición de los explotadores mientras que el pueblo es la víctima de su explotación. Esto significa entonces que la actitud de la minoría explotadora con respecto al pueblo explotado ha sido determinada antes del momento en que la minoría comenzó a esforzarse por conservar el poder mediante la educación.

El conocimiento es poder, la ignorancia es la causa de la impotencia social. La situación no sería tan mala si todo el mundo se hundiera en el mismo nivel de ignorancia. Pero considerando la mayor educación de las clases dominantes, el vigor natural de la mente del pueblo pierde significación. ¿Qué es la educación sino el capital mental, la suma del trabajo mental de todas las generaciones del pasado? ¿Cómo puede una mente ignorante, por vigorosa que sea su naturaleza, sostener una lucha contra el poder mental producido durante siglos de desarrollo? Por eso vemos a menudo a personas inteligentes del pueblo reverenciando sumisamente a tontos educados. Esos tontos los abruma no con su inteligencia sino con el conocimiento adquirido.

Esto, no obstante, sucede únicamente cuando un/a campesino/a sagaz enfrenta a un tonto educado con respecto a asuntos que están más allá del alcance de la comprensión del campesino/a. En su propio dominio, con respecto a temas que le son familiares, un/a campesino/a puede ser más que un/a competidor/a para una persona común educada. El problema es que debido a la ignorancia de las personas sencillas el alcance de su pensamiento es muy limitado. Son escasos/as las y los campesinos/as cuya visión vaya más allá de su poblado, mientras que la persona educada más mediocre aprende a abarcar con su mente superficial los intereses y la vida de países enteros. Es la ignorancia principalmente la que impide al pueblo adquirir conciencia de sus intereses comunes y de su inmenso poder numérico. Es la ignorancia la que le impide elaborar una comprensión compartida y formar una organización subversiva contra el robo y la opresión organizados, contra el Estado. Por consiguiente, todo Estado precavido empleará cualquier medio para conservar la ignorancia del pueblo, condición sobre la cual descansan el poder y la existencia misma del Estado.

Así como el pueblo está condenado a la ignorancia, las clases gobernantes están destinadas, a llevar adelante la causa de la “civilización del Estado”. Hasta ahora no ha habido otra civilización en la historia que la civilización de la clase gobernante. El verdadero pueblo, el pueblo laborioso, fue sólo la

herramienta y la víctima de esa civilización. Su pesado y brutal trabajo creó las condiciones materiales para la cultura social, que a su vez incrementó el poder de dominación de las clases gobernantes, en tanto éstas recompensaban al pueblo con pobreza y esclavitud.

Poco a poco ha ido aumentando la inteligencia y por tanto el poder del pueblo. Por lento que haya sido su movimiento hacia la liberación, y por más que muchos textos puedan estar fuera de su alcance, el proceso de verdadero avance del conocimiento no se ha detenido jamás. El pueblo tiene dos libros de los cuales aprender: uno es la amarga experiencia de privaciones, opresión, despojo y tormentos infringidos por el gobierno y las clases dominantes; otro es la viviente tradición oral, que se transmite de generación en generación, ampliándose siempre su alcance y volviéndose más racional su contenido. Con la excepción de momentos muy escasos en que el pueblo intervino en una etapa de la historia como actor principal, su papel se ha limitado al de espectador del drama de la historia, y si tomó parte en él, fue en la mayoría de los casos como supernumerario, empleado como instrumento y por coerción.

En las luchas intestinas de las facciones, la ayuda del pueblo siempre ha sido requerida, prometiéndosele toda clase de beneficios como recompensa. Pero, apenas terminada la batalla con la victoria de uno u otro grupo o con la avenencia mutua, las promesas hechas al pueblo fueron olvidadas. Además, es el pueblo quien siempre ha debido pagar las pérdidas provocadas por esos conflictos. La reconciliación o la victoria sólo pueden tener lugar a expensas del pueblo. Y esto no puede haberse dado de otra manera y será siempre así hasta que las condiciones económicas y políticas sufran un cambio radical.

Revolución y Violencia Revolucionaria.

Revolución significa guerra. Las revoluciones no son juegos de niños/as, no son debates académicos en los que sólo se dañan las vanidades, ni justas literarias en las que sólo se derrama profusamente tinta. Revolución significa guerra y eso implica la muerte de personas y la destrucción de muchas cosas. Es de lamentar, por supuesto, que la humanidad no haya inventado todavía un medio más pacífico de progreso, pero hasta ahora cada

paso adelante en la historia sólo ha sido alcanzado a costa de mucha sangre. Sobre este respecto, la reacción difícilmente puede hacerle reproches a la revolución; ésta siempre ha pedido más sangre.

La revolución es la destrucción del Estado. Revolución política y revolución social. Toda revolución política que no tenga como propósito inmediato y directo la igualdad económica es, desde el punto de vista de los intereses y derechos populares, sólo una reacción hipócrita y encubierta.

De acuerdo con la opinión casi unánime de los socialistas autoritarios, a la revolución social deberá precederla una revolución política. Esto es un grave error porque toda revolución política previa a una revolución social, es decir, sin ella, será necesariamente una revolución burguesa y una revolución burguesa sólo puede llevar a un socialismo burgués, es decir, está destinada a terminar en otra explotación.

El aspecto político de una revolución social. En una de las asambleas que las izquierdas mantuvieron en agosto de 1870, se expresó la intención de derrocar al gobierno existente, frente a lo que alguien preguntó: “Pero después de todo, ¿a quién pondrán en lugar de los ministros depuestos, a quién pondrán en el gabinete?”, frente a lo que se respondió: “No habrá más gabinete; el gobierno será confiado a una nación armada que actuará a través de sus delegados/as”. Se anunciaba nada más ni nada menos que una revolución social, la salvación de Francia por medio de esa revolución. ¡Guerra hasta el fin! Y no sólo en Francia, sino en toda Europa. Y esa guerra sólo puede terminar con la victoria decisiva de una de las partes y la derrota absoluta de la otra.

Dictadura militar contrapuesta a revolución social. El mundo burgués podrá someter y luego esclavizar a las fuerzas rebeldes del pueblo para obligar a las masas trabajadoras —mediante las bayonetas— a seguir trabajando como hasta ahora y esto conducirá directamente al restablecimiento del Estado bajo su forma más natural: una dictadura militar o un régimen imperial. O bien las masas trabajadoras romperán definitivamente el yugo y destruirán, hasta la raíz, la explotación burguesa y la civilización burguesa basada en esa explotación; eso sería el triunfo de la revolución social, la abolición del Estado. El Estado y la revolución social son dos polos opuestos.

El nuevo sistema de organización. La revolución social debe poner fin al viejo sistema basado en la violencia y dar plena libertad a las personas, a los grupos, comunas y asociaciones, destruyendo de una vez, la causa histórica de todas las violencias: el poder y la existencia del Estado. La caída de éste arrastrará consigo todas las iniquidades del derecho jurídico y también todas las falsedades de las religiones, pues éstas no son más que la consagración complaciente de todas las violencias representadas, garantizadas y fomentadas por el Estado. En el seno del proletariado ha comenzado a cristalizar una tendencia completamente nueva que se propone abolir en forma directa toda forma de explotación y todo tipo de opresión política, jurídica y también gubernamental; es decir, se propone abolir todas las clases por medio de la igualdad económica y de la desaparición de su último baluarte: el Estado.

Tal es el programa de la revolución social. En la actualidad existe, en todos los países civilizados del mundo, un único problema la emancipación total y definitiva del proletariado de la explotación económica y de la opresión social del Estado. Por supuesto, este problema no podrá resolverse sin una lucha terrible y sangrienta y, en vista de esa situación, el derecho y la importancia de cada nación dependerá de la orientación y del carácter y el grado de participación en esa lucha.

El carácter internacional de la revolución social. La revolución social, pues, no puede limitarse a un solo pueblo; es internacional por su misma esencia. Bajo la organización histórica, jurídica, religiosa y social de la mayoría de los países civilizados, la emancipación económica de las y los trabajadores/as es una imposibilidad terminante y en consecuencia, a fin de lograr y llevar a cabo plenamente esa emancipación, es necesario destruir todas las instituciones modernas: el Estado, la Iglesia, las cortes, la universidad, el ejército y la policía, pues todas ellas son murallas erigidas por las clases privilegiadas contra el proletariado. Y no basta haberlas destruido en un solo país; es esencial destruirlas en todos los países, pues desde el surgimiento de los Estados modernos —en los siglos XVII y XVIII— ha existido entre esos países y esas instituciones una solidaridad cada vez mayor y también poderosas alianzas internacionales.

La revolución no puede improvisarse. Las revoluciones no se improvisan. No son realizadas a voluntad por individuos aislados, ni siquiera por las agrupaciones más poderosas. Se producen por la fuerza de las

circunstancias y son independientes de cualquier conspiración o deseo deliberado. Pueden ser previstas... pero nunca puede acelerarse su estallido.

El papel de los individuos en la revolución. La época de las grandes figuras políticas ha pasado. Cuando se trataba de emprender revoluciones políticas, esos individuos tenían su lugar, pues la política tiene por objeto la fundación del Estado y su conservación y quien dice “Estado” dice dominación y sometimiento. Los grandes personajes dominantes son absolutamente necesarios en una revolución política; en una revolución social no solamente resultan inútiles, sino perjudiciales e incompatibles con el propósito esencial de esa revolución: **la emancipación de las masas**. En la actualidad, tanto en la acción revolucionaria como en los sindicatos, **lo colectivo debe prevalecer sobre lo individual**.

En una revolución social —opuesta en todo sentido, a una revolución política—, las acciones individuales son prácticamente nulas, en tanto la acción de las masas lo es todo. Todo lo que pueden hacer los individuos aislados es elaborar, aclarar y propagar ideas que responden al instinto popular, aportando sus incesantes esfuerzos a la organización revolucionaria de las masas, pero nada además de eso; el resto pueden y deben realizarlo éstas por sí mismas.

Organización y revolución. A fin de que, en el momento en que la revolución estalle, exista una fuerza real bien encaminada y que en virtud de ello, sea capaz de organizar la revolución y de darle una orientación beneficiosa para el pueblo, es necesaria una organización internacional seria de las asociaciones de trabajadores/as de todos los países, capaz de reemplazar a los Estados y a la burguesía. Esto pues los Estados no se derrumban por sí solos, no podrán ser destruidos más que por la revolución de todos los pueblos y de todas las razas, por la revolución social internacional. Organizar las fuerzas del pueblo para realizar esa revolución: he aquí el único fin de quienes desean sinceramente la emancipación.

La revolución: un acto de justicia. La transformación social a la que aspiramos con todo nuestro sentimiento es un gran acto de justicia, que encuentra su sentido en la organización racional de la sociedad con igualdad de derechos para todas y todos.

La violencia revolucionaria y la necesidad de destrucción de la fuerza política. Desde la historia y las ciencias jurídicas aún no se ha comprendido esa sencilla verdad, cuya explicación y confirmación hubieran pedido encontrar en cada página de la historia, pues es sabido que para hacer inofensiva toda fuerza política, para apaciguarla y someterla, no hay más que un medio: su destrucción. La única garantía contra las fuerzas políticas es su destrucción completa; que en política, como en el ruedo en donde luchan fuerzas y hechos, las palabras, las promesas y los juramentos no tienen valor, pues toda fuerza política, mientras continúe siendo una fuerza verdadera, debe tender constantemente a la realización de sus propios fines.

La libertad se conquista por la fuerza. Al asumir su función, el canciller Bismarck pronunció un discurso en el que expuso su programa, diciendo en el que expuso su programa, diciendo entre otras cosas que: “los grandes problemas de Estado se deciden no por el derecho, sino por la fuerza: la fuerza precede siempre al derecho”. Con su franqueza llena de desprecio, Bismarck expresó en esas pocas palabras la esencia de la historia política de las naciones: El predominio y el triunfo incesante de la fuerza. Este es el núcleo del asunto y todo lo que se denomina derecho en el lenguaje político no es más que la consagración del hecho creado por la fuerza. Por supuesto, el pueblo, aun ansiando vehementemente su emancipación, no espera obtenerla del triunfo teórico del derecho abstracto; debe conquistarla por la fuerza y con ese fin debe organizarse fuera del Estado y contra él.

Recordemos que nunca ha existido un solo ejemplo de una clase privilegiada y dominante que hiciera concesiones libre y espontáneamente, sin estar empujada por la fuerza o el miedo. La conciencia de la justicia de una causa no es bastante. La conciencia de la justicia de su causa resulta indudablemente vital para el proletariado, para organizar a sus miembros en una fuerza capaz de alcanzar el triunfo es aún más importante. Es necesario que el proletariado aumente la organización de sus propias fuerzas, pues ya quedó atrás la época en que los muros de Jericó se derrumbaban al sonido de las trompetas; hoy, para poder luchar es necesaria la fuerza.

La organización es necesaria. Las y los trabajadores/as son muchos/as, pero el número nada significa si las fuerzas no están organizadas. Sólo una amplia y arrolladora revolución que abarque tanto a trabajadores/as urbanos como a campesinos/as sería lo suficientemente fuerte para derribar y romper

el poder organizado del Estado, respaldado como está por todos los recursos de las clases propietarias.

Pero una revolución que abarque todo, es decir, una revolución social, es una revolución simultánea del pueblo de las ciudades y del campesinado. Ésa es la clase de revolución que debe buscarse, pues sin una organización preparatoria los elementos más poderosos se vuelven insignificantes e impotentes. ... Los sindicatos y las organizaciones populares crean esa fuerza consciente sin el cual es imposible cualquier victoria

